

nasterio fray Martín de Angulo, de la que se sirvió exclusivamente Sandoval, todo esto ha permitido á Mignet presentar la obra mas completa y acabada de todas, pudiendo fijar los hechos y sobre todo la época precisa en que tuvo el primer pensamiento de abdicar, no de oídas y de vagas relaciones, sino de las mismas palabras de Carlos V. En su virtud manifiesta, que habia concebido la resolución de retirarse del mundo á la edad de treinta y cinco años, antes de su viudez y de sus reveses, cuando era el mas afortunado de los hombres, el mas poderoso y el mas glorioso de los príncipes. Esto lo pone desde luego fuera de toda duda un despacho inédito del embajador portugués Lorenzo Perez de Tavora del 16 de enero de 1557, escrito despues de una conversacion con el emperador en el castillo de Jarandilla veinte días antes que Carlos V se encerrase en el monasterio de Yuste. Oigamos á Mignet:

«El 14 de enero de 1557, llegó á Jarandilla Lorenzo Perez, y el 15 le recibió el emperador, acogiéndole graciosamente, sin permitir que le hablase de rodillas y descubierta la cabeza. El embajador de Juan III, conforme con las órdenes de su señor, nada omite para probar que la infanta no dejaría á Portugal sin casarse, deseando se hiciera con el rey de romanos, viudo hacia algun tiempo, ó con el archiduque Fernando, su hijo, que amaban mucho las dos reinas viudas de Francia y Hungría. Carlos V, en su penetracion, acogió las intenciones dilatorias de Juan III.....

»En esta conversacion, Carlos V habla con efusion y confianza á Lorenzo Perez de su nueva vida, de los sentimientos que experimentaba, del descanso que gozaba y de las disposiciones que á ello le habian conducido, deplorando vivamente no haberlas cumplido antes. Entonces fué cuando fijó el primer pensamiento de su abdicacion al volver de la expedicion de Túnez, diciendo que no habia podido realizarle á causa de la poca edad de su hijo. Pero añadió con una pena que no esta exenta de fundamento ni de amargura:

—Yo debia haberme retirado al monasterio despues de haber terminado la guerra de Alemania. Haciéndolo entonces, habria tenido la ventaja de no debilitar mi reputacion; en tanto que hoy sufre las consecuencias que la han seguido.

En el mismo castillo de Jarandilla recibió tambien al marqués de Lombay, cuarto duque de Gandía, entonces *Francisco el Pecador*, y despues y hoy, San Francisco de Borja, y en una conversacion que duró tres horas, y en la que no se mostró muy satisfecho el emperador de que hubiera preferido á las órdenes antiguas y acreditadas una tan moderna y de la que se hablaba con variedad, se recordaron el proyecto que mutuamente habian formado de retirarse á la soledad.

—¿Os acordais, le dijo Carlos V, de lo que os confié en Monzon, anunciando que haria lo que he cumplido?

—Me acuerdo muy bien, señor.

—No lo confié mas que á vos y á otro.

—Comprendo todo el favor de esta confidencia, de la que he guardado hasta aquí el secreto, del que con nadie he hablado jamás; mas yo espero que V. M. me conceda la licencia de hablar.

—Podeis hacerlo.

—Vuestra majestad se acordará tambien que, en esa época, le hablé del cambio de vida al cual estaba yo dispuesto.

—Teneis razon, me acuerdo perfectamente.

SEGUNDA SERIE.—1866.

—Bien habemos cumplido ambos nuestras palabras.

Tres días se pasaron en semejantes conversaciones entre el nuevo jesuita y el anciano emperador; entre el ascético religioso y el régio cenobita, habiendo renunciado el uno á todos los esplendores de la vida, y el otro á todas las grandezas del poderio: el primero para humillarse delante de Dios, enseñar á los hombres, recorrer villas y ciudades, estender un instituto que miraba como el mas sólido apoyo del catolicismo romano decadente, y el segundo para reposar de las fatigas de su dominacion, sustraerse á la grande responsabilidad del mando, y orar mas tranquilamente en la soledad de un claustro. Cuando el P. Francisco se despidió de Carlos V, le invitó éste volviere pronto á verle, y ordenó á Quijada le diese 200 ducados de limosna.

—Bien que esta suma sea módica, dice Quijada al padre Francisco, S. M. en consideracion á lo poco que tiene en el día, nunca os ha dado tanto en las mercedes que os ha concedido otras veces.

IV.

De Jarandilla se trasladó al monasterio de Yuste, donde permaneció hasta su fallecimiento, el día 21 de setiembre de 1558 á las dos y media de la mañana. A esta hora sintió el emperador que se acababan sus fuerzas é iba á morir, y tomándose él mismo el pulso, mueve la cabeza como para decir: todo ha concluido. Pide á los religiosos reciten las letanías y las oraciones para los agonizantes, á Quijada encendiese los cirios bendecidos, y al arzobispo de Toledo, Carranza, el crucifijo que habia servido á la emperatriz en sus últimos instantes; le lleva á su boca y le estrecha dos veces contra su pecho. Despues, teniendo uno de los cirios benditos en la mano derecha, que sostenia Quijada, tiende la izquierda hácia el crucifijo, que el arzobispo habia tomado y tenia delante de él, y dice:

—Este es el momento.

A poco pronuncia el nombre Jesus, y espira exhalandos dos ó tres suspiros. «Así acabó, escribe Quijada, el mas principal hombre que ha habido ni habrá (1). No puedo, añade, persuadirme que ha muerto.»

Velado por cuatro religiosos permaneció todo el día 21 en su lecho, vestido con su traje de noche, cubriendo el pecho un tafetan negro, y sobre su corazon colocaron el crucifijo que en igual circunstancia tuvo la emperatriz; la imagen de la Virgen estaba suspendida sobre su cabeza; su rostro pálido y sereno parecia dormir.

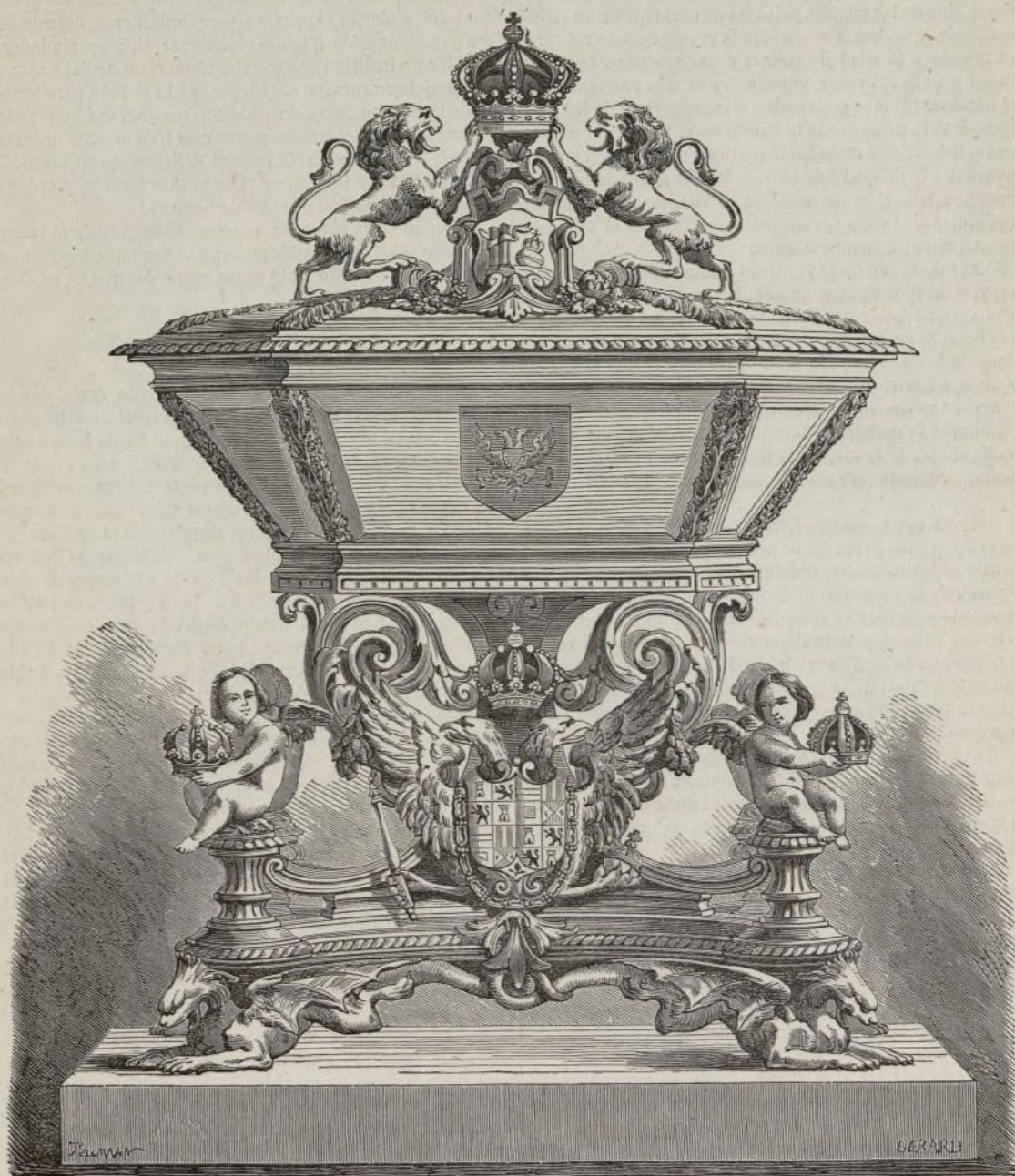
Al día siguiente, despues de cerciorarse de su muerte, aplicando el oido sobre su pecho y pasando un espejo delante de su boca, se le colocó en un atahud de plomo que lo fué en una caja de castaño, y se le trasportó á la gran capilla del convento, vestida de negro. En medio se habia levantado la vispera un catafalco, sobre el cual, se veian las imágenes é insignias de su antigua grandeza. Las exequias, que dirigió el arzobispo de Toledo, y á las que asistieron el clero de Cuacos y los monjes de los conventos circunvecinos, se celebraron con ostentosa solemnidad durante muchos días. Los gerónimos de Yuste, los dominicanos de Santa Catalina y los franciscanos de Jarandilla, cantaron los oficios de la Iglesia y el padre Francisco de Villalba pronunció la oracion fúnebre, con tanta emocion y elocuencia que conmovió á todos, y adquirió tal fama, que Felipe II le escogió para su principal predicador.

(1) Carta de Quijada á Vazquez, 26 de setiembre.
AÑO XXIV. 37.

V.

Así acabó el Carlo-Magno de España, mayor aun que el francés; y considerado siempre importante cuanto le ha

pertenecido, hasta un fragmento de su caja, como si fuera una reliquia, fué encerrado en un magnífico cofre de plata, cuyo dibujo presentamos, que el duque de Frias le regaló al principe de Metternich, como un don precioso.



Cofre de Carlos V.

Y de ese monarca del que tanto se ha escrito, y la mayor parte en el extranjero, aun se le desfigura y se ofende su memoria atreviéndose á decir un articulista francés, que no merece el nombre de escritor, porque tampoco lo es, y en mayo de este año, que doña Juana la Loca transmitió al

emperador los gérmenes de su mal. «Melancólico y atrabiliario, añade, cayó en su vejez en una especie de enagenación lúgubre, cuyas siniestras inspiraciones muestran su fin.» ¡Así se escribe por muchos la historia!

P.

INDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- Las ruinas del castillo de Caldetas, ó el falso príncipe de Girona; por el conde de Fabraquer, páginas 2, 36, 60, 89 y 111.
- De la Rusia y su grandeza; por don Salvador Costanzo, pág. 6.
- La cueva del Lagarto, leyenda de la Edad media; por don Fernando Mellado, pág. 10.
- De los Mormones; por don Salvador Costanzo, págs. 18, 42, 53, 81 y 141.
- Una noche de hospital; por don Dionisio Chaulié, pág. 19.
- Honfleur, pág. 23.
- La limosna de la viuda, por don Mauricio Cristal, pág. 26.
- Una velada en el siglo XII; por don Dionisio Chaulié, págs. 27, 51 y 74.
- El toro mas fuerte que los tigres y leones; por el C. de F., pág. 31.
- Mañana Dios dirá; por don Pio Gullon, pág. 34.
- Estudios históricos.—Andrés Desilles, pág. 44.
- Coimbra.—La iglesia del convento de Santa Cruz, pág. 50.
- El duque y la duquesa de Borgoña, ó el fin del gran siglo y del gran rey; por el C. de F., pág. 56.
- ¡Pobre niño! (Leyenda); por don Roman Doldan y Fernandez, pág. 65.
- El ángel consolador, pág. 68.
- De las ciencias ocultas y de su resurreccion en nuestro siglo; por don Salvador Costanzo, pág. 70.
- La huerta de Alicante; por el conde de Fabraquer, pág. 74.
- Los deberes humanos, pág. 78.
- Brujes; pág. 84.
- La ciencia en familia.—Un paseo al jardín de aclimatacion de Paris, páginas 86, 99 y 131.
- La alegría en el hogar doméstico, página 95.
- La Urraca, pág. 97.
- El centurion Marcelo Balbo; por don Dionisio Chaulié, pág. 104.
- La mezquita de Córdoba y fundacion del califazgo de Occidente; por don Dionisio Chaulié, pág. 114.
- Nueva Zelanda, pág. 120.
- El avaro de Barcelona, ó los caballeros de la Merced; por el conde de Fabraquer, pág. 122.
- De la educacion privada y pública, considerada en sus relaciones con la familia y la sociedad; por don Salvador Costanzo, pág. 127.
- Guelfos y gibelinos, novela histórica; por el vizconde de San Javier, páginas, 129 y 151.
- Miscelanea de sucesos históricos.—De los que han muerto á impulsos de una escesiva alegría, ó bien repentinamente cuando menos debian temerlo; por don Dionisio Chaulié, pág. 135.
- Archipiélago de La Perouse, pág. 143.
- Una leccion á tiempo; por F., pág. 145.
- Las amazonas de Bohemia; por don Dionisio Chaulié, págs. 147 y 170.
- Santa Justina; leyenda por don Salvador Costanzo, pág. 150.
- La Friolera.—La jóven Nodriz; por Greuze, pág. 156.
- El velador de manzano.—Los espíritus; página, 158.
- La fuente de Montal, leyenda alcoyana; por don Augusto Ferran, páginas 163 y 179.
- Recuerdos de un viaje á gran velocidad; págs. 164 y 183.
- Segadoras gallegas, canto irlandés; por I. A. B., pág. 169.
- La loca de los pájaros; por S. Enrique Berthoud, págs. 174 y 204.
- Risa y llanto; por don Salvador Maria Fabregues, págs. 186 y 199.
- Bosquejo histórico-satirico-burlesco de la edad media; por don Salvador Costanzo, pág. 189.
- Grupo de las Molucas, pág. 191.
- Fe, Esperanza y Caridad; por don Fernando Mellado, pág. 193.
- De la caza y de la pesca; por don Salvador Costanzo, pág. 197.
- Monumentos arqueológicos de Guadalupe, pág. 210.
- El Espiritismo; por don Miguel Sanchez, pág. 211.
- El hombre honrado y el hombre de honor; por M. P., pág. 213.
- El cambio de aire; por don I. A. Bermejo, pág. 214.
- La Paz, pág. 217.
- La calle dels Santets, crónica valenciana; por don D. Chaulié, pág. 219.
- El Parque Monceaux; pág. 224.
- De la barba y sus vicisitudes; por don Salvador Costanzo, pág. 226.
- Juana de Arco y Mr. Morin; por monsieur de F. F., pág. 228.
- Irene Paleólogo; por don Dionisio Chaulié, págs. 230 y 243.
- Amor y desventura, ó el pintor del gran duque de Alba; por el conde de Fabraquer, págs. 235 y 257.
- Cuatro palabras sobre los sombreros; por F., pág. 238.
- Patriotismo y humanidad, pág. 239.
- La reina Maria Amelia; por C. V., página 239.
- La castellana de Cuellar; por el conde de Fabraquer, pág. 242.
- El día de Todos los Santos; por don Ignacio Sagasta, pág. 246.
- San Emilion; por el conde de Fabraquer, pág. 247.
- El amor filial; por doña Angela Grassi, página 250.
- De la Caridad y sus saludables efectos; por don Salvador Costanzo, pág. 253.
- Biografía.—Mery; por C. F., pág. 255.
- Estudios históricos.—Atocha; por el conde de Fabraquer, pág. 260.
- El Barómetro de la infancia; por don Dionisio Chaulié, pág. 263.
- Estudios religiosos; Santa Bárbara; por el conde de Fabraquer, pág. 265.
- Ventajas de la ignorancia y contratiempos del saber; por don Dionisio Chaulié, pág. 267.
- Historia anecdótica del café; por el conde de F., pág. 271.
- De los hombres de letras, y de sus vicisitudes mas ordinarias en su vida pública y privada; por don Salvador Costanzo, pág. 278.
- Iglesia de San Agustin; pág. 280.
- Nuestra Señora de los Angeles, de San Vicente la Barquera; por don Luis Fernandez de Varoja, pág. 282.
- El naufragio de la Medusa; por T. D. C., página 283.
- Lisboa y sus alrededores; pág. 285.
- El monasterio de Yuste y Carlos V.; por P., pág. 286.